

Palabras de Fidel Arandea
Bravo, vicepresidente de la
Sociedad de Escritores de
Chile, en el homenaje rendido,
por la institución, a María
Flora Yáñez.

Pocos países como el nuestro han tenido el privilegio de poseer mujeres excepcionales por sus atributos intelectuales, morales y físicos; sin embargo, se ha cumplido aquí la sentencia bíblica, "nadie es profeta en su propia tierra", y, generalmente, ellas no han sido reconocidas ni honradas oportunamente en su patria; los honores los han recibido primero de países extraños, como aconteció, por ejemplo, con Gabriela Mistral; fue necesario que **obtuviera** el Premio Nobel para que aquí abrieran los ojos y pudieran apreciar los valores **propios**. Los chilenos "tienen ojos y no ven", ~~o~~ "tienen oídos y no oyen" (Ps. 135, 16-17).

La Sociedad de Escritores, no puede ni debe desconocer esas figuras femeninas, y, por lo mismo, hoy, antes que pase el tiempo implacable, quiere tributar un homenaje de reconocimiento a María Flora Yáñez, una de esas mujeres dotadas de superiores condiciones en todo orden, con que Chile se honra en estos momentos críticos de su hermosa historia; así como ayer se enaltecó con las brillantes personalidades de Martina Barros Borgoño, Inés Echeverría Bello, cuñada de María Flora, Amanda Labarca Hubertson, Gabriela Mistral y Marta Brunet, para mencionar sólo a las que pertenecen al venturoso pasado que tanto añoramos los hombres amantes de la libertad y de la paz.

Para los escritores chilenos, María Flora Yáñez es un símbolo y un ejemplo de amor a su vocación literaria ejercida con independencia y valor, sin claudicar jamás de **esos** nobles principios de honor cívico que heredó de su padre, el altivo, inteligente y culto repúblico don Eliodoro Yáñez cuyo retrato la hija trazó no hace mucho con veracidad y amor filial. María Flora conoce y está consciente de la inmensa responsabilidad que tenemos los escritores con la sociedad, y sus obras invariablemente responden a sus sinceras convicciones e ideales de amor al prójimo y a la causa de la justicia y de la libertad.

María Flora Yáñez, antes de los diez y siete años -según propia confe-

sión-,"a escondidas por la escalerilla portátil de la biblioteca de su padre", "se sumergió, como en un océano sin fondo, en el mundo que creó la genial pluma de Maubassant, en aquella Francia seductora de fines del siglo XIX, con sus pasiones, sus dramas, su vieja alegría".

En esta ocasión sería impropio emprender un estudio exhaustivo de la novelística de nuestra autora, iniciada con el pseudónimo de Mari Yan, basta con recordar que en ella hay temas de carácter criollista, como "En el abrazo de la tierra" (1934), psicológicos, en "Las Cenizas", y psíquicos en "Las piedras" (1932), y "El último Faro" (1967). En "El Peldaño", su posttrera y brevísima, pero interesante narración, también la autora se muestra una verdadera artista para presentar personajes excéntricos, que es su fuerte literario, como "Julio", virtuoso de la música, taciturno y poco sociable. María Flora sabe emplear la técnica del género narrativo con destreza y habilidad, y fuera de la nota sensible none en sus obras muestra inteligencia. Es herita para trazar ~~las~~ las semblanzas de los personajes, y en el diálogo. Los actores de María Flora hablan entre líneas, sugieren, dicen lo preciso. Tomemos, al pasar, sólo dos personajes de "El Peldaño": la imagen extravagante de "Julio" es espléndida, exacta, con dos o tres pinceladas ágiles, sutiles, diseña una figura singular; la del desequilibrado y cínico "Ernesto" verbigracia, y la de "Nora" una evocación fiel, cabal de la enamorada veleidosa. Como dice, muy acertadamente, un historiador de la literatura: "A las alturas de su libro "Las Cenizas", la autora estaba ya en posesión de todos los recursos técnicos que hacen posible la tarea del novelista. Sabía organizar el diálogo, hacer entrar y salir a los seres de la fantasía, de modo que se diseñen en su luz exacta y en la proporción justa. Y sobre todo, había aprendido a sugerir con la lengua"(1). Decisiva y decidora es la opinión de Eduardo Barrios, maestro en el arte de novelar: "La arquitectura novelesca de María Flora Yáñez tiene esa simplicidad que buscan los maestros". "Juan Estrella" (1954), libro de cuentos en los que la autora recurre al don maravilloso con que la dotó la Providencia, el Artífice Supremo, para evocar el pasado lejano que se hace presente en las primorosas narraciones".

"Panorama Literario de Chile". Raúl Silva Castro. Págs. 280-281.

nes. La evocación es quizás el mejor recurso literario de María Flora Yáñez, y por lo mismo, en su rica personalidad artística se confunden la novelista y la memorialista. Me atrevería a decir, sin ánimo de pontificar, que "Comarca Perdida", titulada después "Visiones de la Infancia", es la obra maestra de la escritora. En ella aparece la novelista por vocación, por atavismo, porque retrata a los personajes reales, pero los recrea, los transforma en hombres y mujeres atractivos. "Carolina", su compañera de la niñez y amiga íntima, que se empobreció y murió en la miseria de un ataque de locura, es un personaje cautivante de Maupassant. Con razón María Flora dice en este libro bello y evocador: "Pero el artista trágico hincó para siempre su aguijón en mi sensibilidad adolescente. El contenido emocional y humano de algunos cuentos—que eran para mí elegías—corría por mis venas como un escalofrío y quedaba enclavado en mi mente que se poblaba de imágenes" (Págs. 64-65. IV. Ed. 1971). Las páginas de "Visiones de la Infancia", en que relata las visitas que hacía con su madre a "La Parentela", poseen un hechizo impagable, que no sólo delatan a una verdadera artista de la pluma, sino también a la heredera de la sensibilidad social de su padre. "Los Tupper, escribe, aparte de un orgullo desmesurado, algo de heroico e intrépido en el carácter, heredado del abuelo. Tanto los unos como los otros poseían fortunas enormes y habitaban en palacios con columnas y patios de mármol, que en mí despertaban una impresión de malestar y a veces de temor". De malestar, porque ella tenía un auténtico espíritu de solidaridad social y le aterraba la miseria de tantos chilenos que codiciaban aquellas riquezas; de temor, porque como hija de uno de los tres o cuatro grandes políticos visionarios de Chile, a comienzos de este siglo, intuía que si las fortunas estaban en manos de unos pocos privilegiados, la ingente muchedumbre de pobres se revelaría, y en estas condiciones, al marxismo no lo podría detener ni la fuerza de las armas. "¡Que terriblemente aburrido es el lujo!" exclama, en otra parte, María Flora. De su abuela Tupper, la única hija de aquella mujer genial que fue doña Isidora Zegers de Tupper, fundadora del Conservatorio Nacional de Música, deja la nieta un retrato ~~vixx~~, emotivo y hermoso, del que no vacilo en transcribir algunos párrafos: "Era bajita, de facciones finísimas, y cuando la conocí tenía ya la cabeza nevada. Pero un gran retrato al óleo que siempre vi en nuestro hogar y que fue pin-

tado por mi abuelo, pintor italiano de gran temperamento, la muestra joven, hermosa, con expresión absorta y fría, manos perfectas y rubios cabellos peinados en bandó. Los ojos azules, muy tranquilos, no parecen mirar sino pensar. Ninguna sensibilidad, ningún rasgo tierno o débil en esa fisonomía pura, llena de austeridad. Fue la digna hija del coronel Tupper, aquel inglés de noble abolengo, de carácter heroico y aventurero, venido a Chile a principios del siglo XIX y que por puro quijotismo abrazó la causa de los Pipiolos contra los Pelucones llegando a ser uno de los padres de la patria chilena. De él dijo Freire: "héroe al que Roma y Grecia, habrían levantado estatuas..." "Cobardemente asesinado después de la batalla de Lircay, dejó huérfanos a tres niños y viuda a una mujer de extraordinaria inteligencia, doña Isidora Zegers, que después se casó con Huneeus y que fue fundadora del Conservatorio Nacional de Música. Uno de los tres hijos del mártir de Lircay, era la abuela Tupper."

"Criatura extraña, antes que todo cerebral, tuvo tan vasta ilustración que podía anotar los errores en cualquier libro de historia sin necesidad de consulta alguna. Hablaba como su propio idioma el francés y el inglés, don muy raro en aquella época, y poseía una vocación por las letras que la llevó a escribir artículos en "El Ferrocarril" oculta bajo el pseudónimo de Tucapel Fanor y a hacer un "diario" de carácter objetivo que desarrolló hasta los últimos años de su vida" (Pag. 88.).

Pero además de las miniaturas de sus antepasados, en este libro se transparenta la imagen de la autora, mujer de buenos sentimientos que ha sufrido y comprende el dolor ajeno. Hoy es ella misma un personaje de Maupassant : taciturna, como ensimismada, dolorida por la nostalgia de su bienamado hijo Alfonso, y ante el espectáculo diario de un pueblo que gime en busca de la justicia y de la paz interna y externa.

Es edificante y conmovedor el empeño de María Flora Yáñez para publicar la obra inédita de su hijo Alfonso, muerto prematuramente hace algunos años. Dio a luz la novela "El Cocerillo Anselmo", que dejó inconclusa y ella debió estructurarla, inspirada en el conocimiento que tenía de la producción de su hijo, de la cual le habló con frecuencia - dice - sin narrarme el argumento". "Fui componiendo esta obra guiada por la intuición y seguí un cauce que se apoyaba en las páginas escritas, pero que a veces oscilaba".

Este año reunió otros trabajos literarios de su hijo, en un volumen de la más exquisita prosa poética, "Conservemos el Asombro". En esta obra vemos al escritor en cuya poderosa inteligencia se aunan la hondura del más sensato pensamiento con la rica sensibilidad del lírico más afortunado. Esa página que titula "Soñaba con Cristo", podría figurar al lado de las mejores de nuestra lengua por su ensoñación poética y profundidad teológica irreprochable: "Pensaba yo en Cristo, Cristo saliendo del sepulcro, sacudiendo su silencio de tres días completos, marcado sin duda por el Infierno. Cristo retornado otra vez al mundo. Vio al Demonio. Como lo pinta el Tintoretto. Con sus brazos macizos y, en la parte superior, brazaletes. Resultaba patético su guiño de ojos. Como surgiendo de un barranco, sus rodillas de potranca. El Señor reclinado contra un árbol. Retorno doloroso debe haber sido el suyo, pues era corto. Sorprendente para todos, no para él. Aunque sí conmovido, pues cuánto amaba a los hombres. Compartir con ellos la noche y el día, compartir el pan y el silencio. Escuchar y oír. Dormir como los hombres. Padecer de cansancio. Despertar. Estar otra vez en el mundo". (Págs. 99 y 100).

Pero no se podría rendir justo homenaje a María Flora Yáñez sin recordar a su padre, don Eliodoro, cuya semblanza trazó la hija con amor filial. Dictó una conferencia sobre ~~él~~, pero ella tiene mucho de novela y el hombre aparece tal como era: estadista culto, sagaz y visionario; pero sin temple de caudillo, porque si lo hubiera tenido habría llegado a la presidencia de su patria. La hija muestra al padre sin tapujos ni ambages, tan del gusto de la cursilería de algunos chilenos: comienza diciendo que era pobre y cuenta una anécdota deliciosa que sólo una mujer inteligente y sencilla como María Flora podía referir: El profesor Crescente Errázuriz Valdivieso, ¡qué maestro!, para mostrar gráficamente lo que es un "manto talar", llamó a su alumno de Derecho Canónico, Eliodoro Yáñez y le dijo: "Yáñez, venga aquí, acérquese". Y mostrándolo bajo el sobretodo, agregó: "un manto talar, aquí lo tienen". Era un abrigo del hermano mayor del joven universitario. Errázuriz y Yáñez fueron más tarde, muy amigos: aquél, el maestro, fue el 5º Arzobispo de Santiago, por la atinada intervención de su discípulo. "Yáñez lo debía todo a su talento, "él formó, pues, su

propia dinastía", dice María Flora. Gracias a su inteligencia, fue diputado, hábil Ministro de Relaciones Exteriores, en una de las tantas épocas difíciles de nuestras dificultades con Argentina, senador, presidente del Senado, propietario de "La Nación", Consejero de Estado, académico de la Lengua, hombre influyente, capaz de cambiar la mentalidad social, política y económica del país y de hacer Arzobispo de Santiago al sacerdote más connotado de su tiempo, el único que estaba en condiciones de realizar la obra de reconciliación, ya indispensable, entre la Iglesia y el Estado.

Una anécdota que retrata la elevada dignidad moral de la autora de esta semblanza es aquella que relata el compromiso matrimonial de sus padres: doña Flora Tunner Zegers encontraba "oscuro" al pretendiente de su hija, y consultó a su medio hermano, Jorge Huneeus Zegers, quien le dijo: "Este joven oscuro de que me hablas fue mi alumno. Le pronostico un porvenir brillante. Acéptalo sin vacilar." El vaticinio fue certero..

Un comentario exhaustivo de la penetrante semblanza escrita por María Flora Yáñez alargaría demasiado este discurso, pero no puedo prescindir del paralelo que esta mujer objetiva y serena hace de la personalidad de su padre y de don Arturo Alessandri Palma, el político más genial de nuestro continente en el presente siglo. Ambos tenían ideas de vanguardia y anhelaban para el país una auténtica democracia, sus cualidades y su técnica eran diferentes/ "Eliodoro era la encarnación de la elocuencia sobria, profunda, elegante, rica en vocabulario"; "Alessandri era tribuno: arrastraba a las masas. Mi padre demasiado frío para identificarse con el pueblo mismo"... "Alessandri dominaba a su antojo y sabía mostrarse más audaz!"

Emocionante, triste y denigrante para Chile es esa página en que la autora evoca nostálgica, el despojo de "La Nación" de que fue víctima su venerable padre, en la dictadura del General Carlos Ibáñez.

La Sociedad de Escritores de Chile quiere expresar a María Flora Yáñez su admiración, no sólo por su obra narrativa sino también por el entrañable cariño al hijo tan poderoso como ella en dones espirituales y literarios, y por ese ejemplar amor y respeto a la justicia y al derecho.